

Allí donde muere el sol

Camila Pérez Schunk

December 5, 2016

Camila Pérez Schunk

© 2016– En la Marea <http://enlamarea.net>

La copia comparte cultura



---

Solo, rodeado de máquinas ruidosas en un hospital cualquiera, supo que se estaba muriendo. No era sorpresa ya que fumaba excesivamente desde los quince años. Lo que más lo sorprendía era haber sobrepasado los treinta y cinco, así que se consideró satisfecho.

A los pocos minutos ingresó por la puerta de su habitación una mujer joven ataviada con un tapado rojo que le llegaba a las rodillas. Llevaba el pelo negro, corto y enrulado. Él la recordaba de algunas reuniones familiares en casa de sus padres donde ella había mencionado ser una “doula de la muerte”, algo de lo que él no tenía la menor idea ni ningún interés por preguntar. Pero sus padres preguntaron, como era de esperarse, y ella explicó que era una acompañante para el final de la vida, para apoyar y guiar a las personas a través del proceso de la muerte. Nunca pensó que sería ella quien estaría ahí cuando fuera él quien estuviera muriendo, pero supuso que sus padres no eran lo suficientemente fuertes para afrontarlo.

Mientras sus pulmones hacían el último esfuerzo por respirar y cedían finalmente a su destino, apretó fuertemente el puño derecho. Luego el *rigor mortis* se ocuparía de que no soltara su contenido. Hasta entonces, tenía que concentrarse.

El ruido de las máquinas se volvió insoportable y su visión se nubló casi por completo. En la ventana, una mancha negra que parecía un ave se movía, inquieta. Mientras su corazón dejaba de latir definitivamente, pudo ver cómo el cuerpo de aquel animal se expandía y se volvía cada vez más antropomórfico, sin dejar de lado los movimientos típicos del ave que había sido. Se quedó sentado en el alféizar, mirando hacia fuera, como si no le interesara lo que fueran a hacer con el cadáver. Llevaba una capa larga y negra sobre los hombros.

La mujer que lo había acompañado en los últimos días de su vida apoyó su mano sobre la de él y lloró lágrimas que parecían sinceras, corriéndole el pelo largo y lacio de la cara, a pesar de que ambos eran poco más que desconocidos. Ella notó que sus dedos estaban tiesos, lo cual no era normal tan poco tiempo después de muerto. Él se concentró en mantenerla fuertemente apretada, aunque la conexión entre su cuerpo físico y su alma se estaba diluyendo. Pero fue suficiente. Ella quiso abrir sus dedos pero no lo consiguió, y él supo que eso era lo más importante. Esta vez tenía que conservarla él.

—Todos morimos solos —dijo de pronto el ser que estaba sentado en la ventana, ahora con las piernas colgando hacia el interior de la habitación y mirándolo a los ojos—. Eso dicen, ¿no?

Se rió. Mientras tanto, los médicos entraban para determinar la hora de defunción y prepararlo para que la familia luego decidiera cómo honrarlo debidamente.

—Pero no tú —siguió la criatura misteriosa; tenía rasgos afables para ser un hombre pero su postura era la de un guerrero—; no Occidens, sea cual sea tu verdadero nombre. No recuerdo una muerte tuya que hayas transitado en soledad.

Occidens, de pie junto a la puerta observando su propio cadáver, sonrió levemente, torciendo sus labios hacia un lado en una mueca extraña.

—Disantea. Debí suponerlo —dijo con una voz grave y profunda, como si hiciera muchísimo tiempo desde que había hablado por última vez—. Siempre tú, aunque no tiene sentido esta vez porque no me sacrificué.

Lo miró a los ojos y un resplandor dorado surgió del fondo de ellos. Disantea le sostuvo la mirada con sus ojos negros que parecían no tener fin.

---

—Tu muerte siempre será un sacrificio. No sé quién eres, pero sé que este no es tu lugar.

El cuervo utilizó los pies que le confería su nueva forma para acercarse a la cama donde yacía el cuerpo sin vida. Occidens, o al menos la parte de él que estaba viva en algún lugar, se hizo a un costado de la puerta cuando los médicos empezaron a entrar y salir. Disantea se sentó del lado izquierdo del cuerpo y lo observó ladeando la cabeza como si buscara identificar a qué especie pertenecía.

Mientras tanto, la doula hablaba con una enfermera que le había preguntado por qué había elegido aquella extraña profesión. Occidens escuchaba porque seguía sin entender del todo.

—Estamos increíblemente pendientes cuando un niño está por nacer. Nos peleamos por ser los primeros en tocarlo, en sostenerlo. Creo que es nuestra obligación estar ahí no sólo cuando todo comienza sino también cuando la luz se extingue, el instante en que cerramos esta etapa para comenzar un camino nuevo. Son momentos de transición que no deberían ser tomados a la ligera ni condenados al abandono y la soledad.

Occidens sonrió con ternura mientras la miraba, aun sabiendo que ella no lo veía. En la cama, Disantea estaba mirando con curiosidad el puño cerrado que descansaba sobre las sábanas. Acercó su mano y, sin esfuerzo, fue abriendo los dedos uno por uno. Occidens bufó cerca de la puerta y apretó los puños con fuerza. Sobre la palma abierta había una pequeña piedra de color grisáceo cuya forma recordaba vagamente a una pirámide mal construida.

El cuervo la tomó con cuidado y clavó sus oscuros ojos en Occidens, quien de nuevo le sostuvo la mirada con orgullo. Cuando parpadeó y volvió a abrir los ojos, se encontró lejos del hospital donde había muerto: corría una brisa otoñal que le dio un escalofrío y a su alrededor había un grupo de personas que él conocía vestidas de negro, congregadas alrededor de un gran pozo en el suelo.

—Mientras llevaban a cabo tu purificación del otro lado, aquí los vivos se encargaron de vestirme con las ropas que elegiste y poner en tu ataúd las pertenencias que querías llevarte —dijo Disantea; le sorprendió su presencia a su lado, estaba sentado sobre el césped—. Fue una buena idea pedir que no te embalsamaran. Tantas sustancias químicas y vaciados desagradables sólo para que algo pareciera bello cuando no lo es.

Pensativo, Occidens miró hacia el ataúd y la idea de aquellas prácticas le trajo innumerables recuerdos.

—Por cierto —la insaciable curiosidad de Disantea volvió a sacarlo de sus pensamientos—, devolví tu roca misteriosa. Creo haberla visto antes. ¿Para qué la necesitarías luego de muerto?

Occidens no contestó. Su mirada estaba fija en las personas de negro que lloraban mientras echaban paladas de tierra sobre el ataúd donde moraba su cuerpo. Se acercó con pasos rápidos hasta donde estaban, pero ninguno pareció percatarse de su presencia. Saltó dentro del hueco y una vez en él, apoyó la mano derecha sobre la tierra. Poco a poco fue atravesándola como si sólo se tratara de humo, y así también traspasó el cajón de madera hasta que sus dedos tocaron lo que buscaba. Reconocería esa piedra entre mil piedras idénticas. La tomó con fuerza, volvió a sacar la mano con el puño cerrado y regresó junto al cuervo que miraba la escena divertido. Occidens, por el contrario, se puso muy serio.

Cuando estuvo junto a Disantea le hizo un gesto con la cabeza indicándole que abriera la mano.